

RESPONSABILIDAD FRENTE A LA CATASTROFE DE CHILE

Aunque nuestra Revista se encuentra en prensa, no podemos iniciar este número dejando sin expresar nuestro dolor profundo. Sobrecogidos, como todos, por la ola de destrucción que asoló el Sur de Chile hemos contemplado, también, la generosa actitud solidaria del pueblo chileno, de América y de otros países del mundo. Sobre ciudades y aldeas ha descendido un definitivo silencio. Constituye ésta una situación crítica hasta lo angustioso. Pero, quede dicho aquí, que al tiempo que ella revela un estado de tremenda desolación ha patentizado, con perfiles que no cabe ya desconocer, la debilidad e insuficiencia de algunos de los órganos vitales del país, cosa injustificable en una sociedad moderna; ha hecho patente, asimismo, la asombrosa precariedad del modo material de vida de los humildes, cuyo sufrimiento fue el más intenso. La respuesta organizada ante la devastación y el dolor humano, técnicamente operó como desde un pretérito superado ya, evidenciando, todo ello, no corresponder a los medios defensivos necesarios en una geografía como la de Chile.

Tales hechos señalan, por sí mismos, que la voluntad de reconstrucción debe desplegarse con un nuevo sentido. RECONSTRUIR, desde luego, deberá ser un RECREAR. Pero, ¿qué significa, cabalmente, y en esta circunstancia trágica, reconstruir? Implica construir de acuerdo con la intuición más profunda de lo que la propia desgracia que nos aflige, revela acerca de nuestras posibilidades vitales. Como el conquistador en los orígenes —partiendo de su visión primera de una realidad por configurar—, debemos crear y recrear en concordancia con lo que nuestra propia historia nos ha mostrado como una fatalidad natural, a la cual debemos adaptarnos creadoramente.

La idea de reconstruir debe tener ahora el carácter de una segunda fundación, sirviéndonos la continuidad con el pasado para tomar conciencia última de los rasgos auténticos de nuestra tierra. Es necesario abandonar la pasividad frente a la naturaleza, procurando encontrar el verdadero nivel de incorporación creadora al medio físico. Trátase, pues, de no exagerar la fatalidad natural, lo que podría llevarnos a ocultar una respon-

sabilidad histórica. Lo que aparentemente es imprevisible en su mera contingencia, deja de serlo apenas descubrimos que la historia de Chile ha sido ya muchas veces conmovida por hechos semejantes al actual, que una auténtica conciencia de nuestra singularidad geográfica pudo contribuir a aminorar en sus repercusiones catastróficas.

El hombre en sociedad está entre sí mismo y el cosmos y de este choque, tantas veces violento, surgen las propias capacidades creadoras del espíritu. Vivimos una edad del hombre en que esta conversión de lo negativo en actitud social positiva, se hace posible merced a la ciencia y la técnica. Por eso, la idea de reconstruir debería reconducirnos a lo originario, a una nueva fundación, descubriendo lo que en la plenitud del instante histórico se vislumbra como posible. Pedro de Valdivia pensó en un río y en un cerro al fundar las ciudades de Chile. Esa era su visión legítima. Pero si queremos verdaderamente recrear todo lo que hemos perdido en unos pocos días tan trágicos, es menester hacerlo a partir del ápice de todas las experiencias convulsivas de este suelo. No se trata, en consecuencia, de continuar formas establecidas, desde lo económico hasta lo arquitectónico, que de ninguna manera reflejan un conocimiento lúcido de la índole de nuestra realidad. Hemos vivido oscilando entre dos planos; esto es, entre el conjuro de una naturaleza idílica y el recuerdo de ciertos aspectos de un pasado entrevisto desde los rasgos inhóspitos de nuestra geografía. No hemos sabido, por consiguiente, extremar esfuerzos para dar un sentido a lo inexorable de esta naturaleza. Sólo es legítimo hablar de fatalidad, cuando se ha conquistado el límite posible para armonizar una condición geográfica con una voluntad histórica capaz de configurar un destino. En este sentido, no sería legítimo hablar de fatalidad si, lo que debió ser una condición de lucha, fue olvidado por siglos de indiferencia e imprevisión.

Reconstruir, pues, significa en este momento tanto como adquirir con plenitud la conciencia de una situación esencial, evitando imputar por entero a la ciega naturaleza lo que, en buena medida, ha constituido ceguera para encarar nuestra condición real.

Sobre todos nosotros, y también, por cierto, sobre quienes

en Chile han abrazado la profesión filosófica, pesa la obligación de repensar —más allá de los muros y cercos de la vida acostumbrada que execraba Goethe—, la condición misma del país sacudido en sus fibras esenciales; se cierne la obligación de repensarlo a lo largo de posibilidades que exigen de todos los chilenos una actitud nueva de sacrificio y, señaladamente, para fijar la total indole y el estilo de las ciudades y establecer las nuevas actividades de acuerdo con una visión que represente el despertar de la conciencia de nuestra naturaleza, en función de una idea general del país y su destino.

Solamente el cabal reconocimiento de aquello verdaderamente acaecido en la actual tragedia del pueblo chileno, puede conducir a la conciencia de esa responsabilidad que nos advierte desde el pasado señalando hacia el futuro de la Nación. Sólo tal certeza podrá trocar esta emergencia dolorosa en una instancia creadora. Toca a las fuerzas vivas de la sociedad convertir en sabiduría histórica profunda lo que en cada generación se olvida o reduce a una experiencia trágica aleatoria.

Finalmente, constituye una ineludible responsabilidad de universitarios indicar también caminos, superando la perspectiva de quienes plantean el gran problema del país como simple asunto de cifras económicas, cosa que nos dejaría igualmente inermes ante el futuro —precario siempre—, de nuestra condición geográfica. La Universidad de Chile, a lo menos, deberá formular hipótesis constructivas, con visión de totalidad, como para que nuestra vida, por tantos conceptos catastrófica, adquiera una claridad que nos permita distinguir entre el deber y la fatalidad, entre el deber que nos requiere y lo incontrolable en las condiciones reales propias del arraigo en nuestro paisaje originario. Únicamente a partir de esa disposición vehemente para adquirir claridad en los propósitos y responsabilidades, alejándonos de las soluciones provisionales —indispensables sólo como un primer auxilio—, y únicamente entonces, lograremos convertir lo negativo en positivo y creador.